

LA CAMPAÑA 1896-1897 EN FILIPINAS Y VISIÓN DESDE EL CAMPO INSURRECTO

Pedro ORTIZ ARMENGOL
Embajador de España

EL año 1896, mes de agosto, es aquel en el que la revolución filipina se puso de manifiesto al transformarse el movimiento ideológico conocido como “La Propaganda” en un alzamiento armado. El término “propaganda” surgió hacia 1888 cuando se formó en España un comité de propaganda alrededor de la revista quincenal titulada *La Solidaridad*, aparecida en Barcelona en febrero de 1889 y pronto trasladada a Madrid, en el mes de noviembre de aquel mismo año, donde continuó hasta 1895. *La Solidaridad* había sido un inteligente órgano de expresión política, hábilmente conducido por José Rizal y por sus colaboradores principales en aquella empresa: Marcelo Hilario del Pilar y Mariano Ponce, entre otros.

El término “La Propaganda” es muy conocido en la Historia de Filipinas y es aceptado generalmente, habiendo resistido, en la americanizada Filipinas del siglo actual, la connotación peyorativa que el término tiene en el lenguaje norteamericano de hoy; y que no aparece, por cierto, en el “Dictionary” de Oxford.

Que la rebelión armada de 1896 sucedía a la agitación política precedente, está bien visible desde 1868, y borraba a la Liga Filipina fundada por Rizal en el año 1892: supuesta asociación cívica, de carácter progresista y pacífico, no legalmente autorizada. El historiador filipino Gregorio F. Zaire señala que en la primera reunión, secreta, de la “Liga”, Rizal no produjo una

aceptación en Andrés Bonifacio, uno de los reunidos más radicales y que, por su parte, Bonifacio no impresionó a Rizal¹.

La masonería española en Filipinas había sido desbordada desde el momento en que los filipinos pudieron crear, clandestinamente, sus propias logias, con evidente apoyo internacional y, en los años finales del siglo, la relación entre ciertas logias y la revolución era muy estrecha. Los “sospechosos” de pertenecer a estas sociedades eran mencionados con el término de “filibusteros”, palabra que, en su origen, indicaba a los corsarios del siglo XVII y que en el siglo XIX se aplicó a los que en Cuba y en Filipinas trabajaron por la emancipación de estas islas.

Andrés Bonifacio había levantado, con propósitos mucho más radicales que Rizal, la asociación o “Katipunan” que congregó a elementos proletarios y campesinos, unidos por un juramento solemne, irrevocable, firmado simbólicamente con la propia sangre y formulado “en el nombre de Dios”, prometiendo sacrificar todo “por la raza tagala”, incluso la vida, la familia y los intereses de cualquier orden.

Andrés Bonifacio había nacido en 1863 en una familia pobre: hubo de ganarse la vida en modestas actividades de artesano y de guarda de almacén —“bodeguero” es el término, al llamarse “bodegas” a los almacenes de cualquier género en la Filipinas española—, pero Bonifacio, un autodidacta que había leído en español historias de la Revolución francesa de Robespierre, al que admiraba, era valiente y capaz, con dotes de organizador y de reclutador de prosélitos, y el “Katipunan” o “Sociedad muy Honorable de Hijos del Pueblo” era una realidad en 1896 cuando envió un mensajero secreto a Rizal para anunciarle que preparaba un levantamiento popular, e invitándole a que se uniera a él. Rizal, que se hallaba en situación de deportado pero en libertad personal —en un lugar de la isla mahometana de Mindanao, en el sur de Filipinas—, rehusó su participación en el proyecto, en nombre de la prudencia, e invocando falta de medios y de preparación en el intento, que debía de prepararse más.

Partió el mensajero decepcionado y Bonifacio se indignó por la actitud de Rizal. Refiere Zaide intentos katipuneros de rescatar a Rizal para obtener su participación y colaboración, que fueron rechazados por éste².

¿Cuál era el motivo principal de esta actitud? ¿La reserva —que ha de ser esencial en un político— de no ponerse nunca en manos de otro? ¿La desconfianza en la exaltación temperamental de Bonifacio, impulsivo y ambi-

¹ ZAIDE, Gregorio F.: *The Philippine Revolution*. Manila 1954. p. 41. “Bonifacio did not impress him”, los demás “with the exception of Bonifacio, warmly received his peaceful views”.

² *Ibidem*, pp. 102-103.

cioso, que parecía un extremista en todos sus actos y que ya se hacía llamar “El Supremo”? ¿La imprecisión de sus programas? Vemos, en una historiografía tan volátil como la de Filipinas, que la “Kartilla” del katipunero es una, que el “Dekálogo” del katipunero es otro, que el juramento del katipunero no es el mismo y que Bonifacio, con evidente “clientismo” político, se rodeaba de sus hermanos para asegurarse el poder, todo lo cual obligaba a extremar la prudencia³.

El cálculo político y militar de Bonifacio no era tan equivocado: la plantilla del ejército español en Filipinas era, en 1896, de diecinueve mil trescientos cuarenta y tres hombres, de los cuales once mil quinientos servían en la Infantería, compuesta por tropas indígenas con mandos españoles; tres mil quinientos noventa y tres guardias civiles, también indígenas, con jefes, oficiales y suboficiales españoles. Completaban estas fuerzas mil seiscientos sesenta y siete artilleros, estos de procedencia española; mil doscientos siete del Cuerpo de Ingenieros y fuerzas menores de Caballería, Sanidad, Administración y otras. En el momento del levantamiento, Manila estaba desguarnecida, por hallarse la mayor parte del Regimiento número 70 –que normalmente guarnecía la capital y las provincias del norte de la gran isla de Luzón–, en las islas del sur, donde la situación de guerra era casi permanente; y, los otros seis regimientos, estaban cubriendo el resto del archipiélago. En Manila figuraban escasamente doscientos artilleros, un corto número de fuerzas de ingenieros y tres compañías solamente del regimiento de guarnición, además de la Guardia Civil⁴.

El mando hubo de reunir, en agosto de 1896, los recursos disponibles para hacer frente a la situación que planteaba el descubrimiento de la conspiración “katipunera”.

Alentada por el *Diario de Manila*, una manifestación de centenares de españoles y de filipinos adictos acudió el día 24 de agosto a la residencia del Capitán General a manifestar su adhesión, marchando más tarde, con el mismo propósito, al Arzobispado. Ello precipitó que el grito de rebelión se diera el día 25, cuando ya se estaban produciendo detenciones de implicados y sospechosos. El lugar elegido fueron los arrabales de Balintawak, Caloocan y Samson, al norte de Manila. Los grupos rebeldes estaban compuestos aproximadamente por un millar de hombres⁵. Los primeros choques

³ ZAIDE, Gregorio T.: *Op. cit.* La “Kartilla”, pp. 82-83 y el “Dekálogo”, p. 94; ACHÚTEGUI Y BERNAD (jesuitas): *Aguinaldo and the Revolution of 1896*. El texto del juramento en página 10.

⁴ *Anuario Militar de España*. Ministerio de la Guerra. Madrid, 1896. Estas cifras para Filipinas incluyen en dicho año a los generales, jefes y oficiales, así como los asimilados (médicos, capellanes, profesores, veterinarios, etc...).

⁵ DEL CASTILLO, J.M.: *El Katipunan y el filibusterismo en Filipinas*. Madrid 1897, p. 103.

bélicos se produjeron en aquellos escenarios el día 26, con una treintena de guardias civiles (filipinos todos ellos). Esta fuerza, del puesto de Tambobong, iba mandada por un teniente, un sargento y un cabo “peninsulares”.

Sastrón señala la matanza, en Caloocan, de dieciséis chinos comerciantes, dueños de tiendas que fueron asaltadas por los amotinados, fenómeno habitual como era hacer víctimas de toda violencia a la rica comunidad china.

Sastrón señala igualmente que la pequeña fuerza que volvió a ocupar Caloocan fue reforzada en el mismo día por una columna de ciento sesenta hombres y sesenta soldados de Caballería, además de ciento siete hombres de la dotación del crucero *Cristina*. Ello hizo que los grupos rebeldes se retiraran hacia el lugar conocido como San Juan del Monte, con la intención de apoderarse del polvorín existente en aquellas inmediaciones⁶.

Al “Grito de Balintawak”, lógicamente ensalzado por la historiografía filipina, siguió el día 30 de agosto otro combate en la zona del polvorín, que no pudo ser ocupado por las improvisadas fuerzas de Bonifacio, ni lograron cortar el suministro de agua a la capital. Estos combates reciben en la historia filipina el nombre de “batalla de Pinaglabanan” —topónimo que indica expresamente “El lugar de la batalla”— y determinan que los hombres de Bonifacio se dispersaron a continuación alejándose de las proximidades de Manila y tratando de extender la sublevación por la provincia, mediante proclamas. Objetivo primordial era obtener armas de fuego en asaltos locales, donde éstas existían, ya fuera de la fuerza pública o de las pocas existentes en manos de autoridades.

El Capitán General Blanco Erenas, un veterano de la guerra carlista, había comunicado a Madrid el día 21 la situación y el Gobierno había dispuesto el envío de tropas: la comunicación telegráfica se efectuaba a través del cable submarino Manila-Hong Kong y Londres-Madrid. Ante la gravedad de la situación —pues se tenían noticias de alzamientos revolucionarios en algunas provincias limítrofes a Manila, especialmente en la de Cavite—, el Capitán General proclamó el estado de guerra en ocho de ellas: Manila, Bulacán, Pampanga, Nueva Écija, Tarlac, La Laguna, Cavite y Batangas, ofreciendo indulto a quienes se presentasen en las cuarenta y ocho horas siguientes a la publicación del bando, excepto dirigentes y reincidentes.

⁶ SASTRÓN, Manuel: *La insurrección en Filipinas y Guerra Hispano-Americana en el Archipiélago*. Madrid 1901, pp.69-70; ZAIDE, Gregorio T.: *Op. cit.*, p. 111. Coinciden en la cifra aproximada las fuentes históricas y filipinas. Este último señala justamente el pobre armamento de los insurrectos: el “bolo” o largo cuchillo que el filipino llevaba colgado de la cintura, clásica arma al tiempo que instrumento para múltiples usos laborales; algunas pistolas y armas largas, y primitivas armas de bambú.

Blanco Erenas dispuso en la misma fecha la formación de un Cuerpo de Voluntarios al que acudieron, para formar parte de él, españoles y adictos: en la Maestranza de Artillería se entregaba a cada voluntario un “remington” y dos paquetes de municiones. La proximidad de las provincias afectadas, y la fácil comunicación con ellas, estaba trayendo noticias alarmantes acerca de asaltos a puestos de la Guardia Civil, a parroquias o conventos, a haciendas; y se contabilizaron pronto unas decenas de muertos violentos principalmente en Noveleta, Imus, San Francisco de Malabón y en la provincia de Cavite, donde el poder de los insurrectos parecía más firme⁷.

Vamos a tratar de seguir el curso de la revolución, acudiendo a textos revolucionarios poco o nada conocidos en España, algunos de ellos publicados por primera vez por los padres jesuitas Pedro S. de Achútegui y Miguel A. Bernad en el libro ya citado, documentos de diferente origen, procedentes de diferentes archivos, algunos de ellos facilitados por los descendientes del general Aguinaldo⁸. Aproximémonos a la figura, tan importante y controvertida, a la cual traté en diferentes ocasiones en Filipinas entre 1951-1954 y por última vez en 1960 cuando se hallaba, próximo a su fallecimiento, en el hospital militar de Manila.

Emilio Aguinaldo y Famy, nacido en 1869 en el pueblo de “Kavite el Viejo” –que da nombre a la pequeña península arenosa que existe en el sur de la gran bahía de Manila donde se asentó el arsenal y puerto de la vieja ciudad española– era de estirpe china y perteneciente al estamento dominante en el pueblo natal donde ocupaban, desde antiguo, cargos en la administración local. Aguinaldo no realizó estudios importantes, después de los elementales, pero se aferró al poder local a los diecisiete años de edad como “cabeza de barangay” en su barrio de Binakayán, lo que le llevó a ser elegido en “Kawit” en 1893 como alcalde; si bien este cargo en los pueblos filipinos no recibía este nombre sino el de “gobernadorcillo” y, desde la reforma de Maura en 1893, el de “capitán municipal”.

El “capitán municipal” Aguinaldo, con decidida vocación política, como hijo de un eterno “gobernadorcillo”, ingresó en la masonería en la noche del mismo día en que juró su cargo oficial, lo que seguramente repe-

⁷ SASTRÓN: *Op. cit.*, pp. 70-72.

⁸ Conocí al padre Achútegui en Manila en 1953 como uno de los religiosos españoles expulsado por entonces de China. Iniciamos una amistad que se mantuvo en los años 80, durante mi estancia en Filipinas, hasta 1987. En cuanto al padre Bernad, filipino, también autor de libros, tuve amistoso trato con él durante la referida estancia. Hace años que no he tenido noticia de ninguno de ellos.



Mapa de Filipinas.

tía situaciones precedentes, y dos meses más tarde ingresó en Manila en el “Katipunan”, en contacto directo con Bonifacio, ante el cual juraría su “pacto de sangre”. Aguinaldo estuvo dispuesto a unirse al “grito” de Bonifacio en la noche del 29 de agosto, acudiendo a Manila, pero la señal convenida no se produjo y el “capitán municipal” permaneció con los suyos en su pueblo natal, esperando la señal de intervenir. Aguinaldo entendió que el bando del 30 de agosto del Capitán General proclamando el estado de guerra en la provincia de Kawit era la ocasión y, dando un paso adelante, el 31 se presentó al gobernador español en la provincia, coronel Fernando Pardo y Terreiro, en el nuevo Cavite levantado junto al Apostadero naval en la península, pidiéndole soldados para defender Kawit frente a los habituales bandidos o “tulisanes”. El propósito era obtener las armas de estos soldados tras reducirlos. El gobernador no le facilitó esa fuerza, por carecer de ella, ya que había enviado toda la que disponía a Manila. Aguinaldo entonces pidió un centenar, al menos, de armas de fuego pero tampoco disponía de ellas el arsenal. Falló la traición preparada por el astuto Aguinaldo, pero regresó de Cavite a “Kawit el Viejo” conociendo la situación de la provincia, y con el bando del Capitán General en el bolsillo, que le dio pretexto para hacer sus futuros movimientos: reunir a los katipuneros, agregar con estos a los “cuadrilleros” o policía auxiliar de Kawit y reducir, todos juntos y por sorpresa, a los tres guardias civiles del pueblo, uno de los cuales resulto herido. (Aguinaldo, cuidador de su nombre, nos dirá que evitó su muerte).

Dueño ya del pueblo, Aguinaldo hizo escribir una proclama larga en lengua tagala, y envió copias a los “capitanes municipales” de catorce pueblos importantes de la provincia, instándoles a sublevarse y unirse a él. Los de Noveleta y San Francisco de Malabón, muy próximos a Kawit, quedaron incorporados inmediatamente en el primero con la muerte del capitán Rebolledo y ocho guardias civiles; en el segundo con la del teniente Nadal, un hermano de éste y la del capitán municipal filipino Viniegra, por intentar oponerse. Otras muertes tuvieron lugar en la provincia que –en general, y para ser el foco más fuerte de resistencia al dominio español– reunió en poco tiempo a veintitantos pueblos bajo el mando teórico de Aguinaldo, que, en su proclama de 31 de agosto, cedía el mando municipal de Kawit a su lugarteniente –y después cuñado– C. Tría Tirona y firmaba como “Teniente Abanderado ng Hukbong Revolucionario” (del Ejército Revolucionario).

El Abanderado, en su breve proclama “respondía” a la declaración de estado de guerra del Capitán General español del día anterior e invitaba a romper *300 años de cadena de esclavitud*; invocaba a Dios, a la Vida, la

Fuerza y la Esperanza⁹. En las memorias de Aguinaldo, la traducción del original texto tagalo al inglés aparece más breve. El movimiento tagalo se dirigió hacia el pueblo de Imus, donde existía una importante hacienda agrícola y ganadera de la Orden de Recoletos, pueblo que ocupó Aguinaldo el 3 de septiembre y donde fueron asesinados todos los frailes, y la Guardia Civil hecha prisionera (Aguinaldo, según sus memorias, lo supo al día siguiente). En Imus los insurrectos se apoderaron de treinta armas de fuego, remingtons y otras. La columna que desde Manila trató de abrirse camino por tierra, hasta Cavite y el Apostadero, halló fuerte resistencia en Bacoor y la línea del río Zapote y se retiró, insuficiente de medios. Los insurrectos consideraron esto una importante victoria: el jefe español perdió su sable toledano, que recogió Aguinaldo como preciado botín hasta el final de la guerra.

Sastrón detalla en su libro las expediciones enviadas urgentemente desde España que comenzaron a salir de los puertos de la Península el 3 de septiembre, alcanzando algo más de veinticinco mil soldados, con sus mandos, en los cuatro primeros meses de la insurrección¹⁰.

No conocemos con certeza si el coronel Fernando Pardo, gobernador de Cavite, sospechó algo del “capitán municipal” Aguinaldo o si le despachó por mera prudencia.

Sí conocemos que no podía pecar de ingenuo pues acababa de recibir órdenes de Manila para detener a determinados sospechosos y ponerlos a disposición del juez.

No estos, pero sí otros trece implicados de Cavite en la conspiración, fueron pasados por las armas el día 12 de septiembre y son conocidos como *los 13 mártires de Cavite*.

Una acción sucesiva fue el contraataque de parte de las fuerzas españolas recién llegadas del sur, a Nasugbú, provincia de Batangas, para tomar posiciones al sur de la zona insurrecta de Cavite; el desembarco se efectuó con éxito y significaba ya que la actitud española no era meramente defensiva. Aguinaldo, dueño de recursos, difundió un segundo *Manifiesto* señalando la justicia de la causa filipina, la existencia ya de un Gobierno revolucionario, la formación de comités municipales que organizan en cada pueblo la administración y la justicia en forma “tres veces mejor” que bajo la tiranía español (!) y denuncia supuestas violencias de la ocupación española de Nasugbú y de Lemery, con la poco acertada e inverosímil acusación

⁹ ACHÚTEGUI-BERNAD: *Op. cit.* pp. 18-21.

¹⁰ SASTRÓN: *Op. cit.*, pp. 79-81.

de que las tropas españolas asaltaron la iglesia donde se habían refugiado mujeres y niños, interrumpieron la misa para matar a todos los que allí trataban de salvarse *salvo algunas mujeres que les agradaban para la satisfacción de sus pasiones*. En este escrito figura un dato de interés: que en poder de las fuerzas de Aguinaldo había treinta prisioneros españoles –curas y militares– *tratados con delicadeza*¹¹.

La política represiva de la insurrección había supuesto la detención de mil trescientos a mil quinientos acusados o sospechosos de colaborar con aquélla, lo que supuso procesos penales, decretos de embargo de bienes y de administración de los mismos y multiplicación de conflictos. El historiador oficioso Zaide señala que, para crearlos, Andrés Bonifacio implicó falsamente en el Katipunan a personas influyentes o adineradas para, en aquel clima de temores y sospechas, provocar su detención y ganar simpatizantes para la revolución¹²: una treta inteligente (“clever ruse”). Cuatro implicados en el ataque al polvorín de San Juan del Monte fueron fusilados públicamente en Manila.

Aguinaldo, con evidente talento organizador, sintiéndose fuerte en su territorio caviteño que desde ahora tendría que defender, destacó en el *Manifiesto* de 31 de octubre la razón de la lucha del pueblo por su libertad e independencia, rechazando la idea de una “ingratitude” por parte de los filipinos, ya que la civilización española *es superficial y engañadora en el fondo, procurando mantener la ignorancia de las masas*. Había de constituir un gobierno de seis miembros, semejante en la forma *al de Estados Unidos de América, basado esencialmente en los principios más estrictos de Libertad, Fraternidad e Igualdad*. Cada municipalidad se organizará debidamente y estará representada ante un Comité Central. Se formará un Congreso de Delegado; se creará un Ejército de treinta mil hombres; se recaudarán contribuciones con ese fin. Firmado por Emilio Aguinaldo “Magdalo”, en Kawit, el 31 de octubre¹³.

Bien o mal era necesario obtener más armas de fuego, movilizar a los hombres entre quince y cincuenta años obligando a todos a ser portadores,

¹¹ El texto que publican los PP. Achútegui y Bernad, reproduce el texto en español publicado por J.M. del Castillo en su libro ya citado, pp. 298-302, con el sello oval “Pangulo Dhang Digma-Magdalo”, que significa “Gobierno de la Guerra”. El nombre de “Magdalo” es el nombre de guerra adoptado por Aguinaldo y recuerda el de María Magdalena, que era la Santa Patrona de Kawit el Viejo.

Cuando en el territorio insurrecto surgieron dos facciones rivales en pugna por el poder, la de Aguinaldo se llamó “Magdalo” y la de su rival Andrés Bonifacio “Magdiwang”, cuya sede era Novaleta, cercana a Cavite. Acerca de Aguinaldo disponemos de la extensa biografía de este título por Alfredo B. Saulo, publicado por Phoenix en Quezon City en 1983.

¹² ZAIDE: *Op. cit.*, p. 97.

¹³ ACHÚTEGUI-BERNAD: *Op. cit.*, pp. 30-37.

al menos, de un arco y flechas, siendo castigados con látigo quienes no lo hicieran. Se estimulaba la desertión de los filipinos en el Ejército o en la Guardia Civil para que lo hicieran con armamento, lo que supondría una recompensa por parte de los insurrectos.

Eran de urgencia las obras de levantar trincheras en los lugares más apropiados, con cualquier material válido o la de nombrar nuevo “Ministro de Guerra” (sic) para sustituir al fallecido, y otorgar grados militares –desde “Teniente General” hasta “Teniente”– a los que se distinguían en combates. Van apareciendo nombres: uno de los más ascendidos sería un hermano de Aguinaldo, Crispulo, que moriría poco después en combate¹⁴.

La lucha no iba a ser corta. El Ejército que el jefe deseaba necesitaba armas y dinero para comprarlas a quienes las ofrecieran, cuando éstos se presentasen. El Ministerio del Tesoro tiene noticias al respecto¹⁵. Urge recaudar.

El territorio insurrecto estaría, desde el mes de diciembre, compartido por dos poderes: el simbólicamente llamado “Magdalo”, con sede en Kawit el Viejo como sabemos, y el llamado “Magdiwang”, cuya capitalidad era el pueblo de Noveleta, tan próximo a aquél. Varios candidatos al mando de “Magdiwang” existían en los cuadros en formación de los insurrectos y justamente, en diciembre del 96, apareció en la rica tierra de Cavite Andrés Bonifacio, que andaba buscando lugar de actuación bajo el nombre de “El Supremo” del Katipunan. No tardaría en aparecer el conflicto con Aguinaldo. Se conocen circulares de éste inquiriendo de los pueblos las listas de los soldados de la revolución, y el número exacto de armas de fuego, municiones, y equipo del que se disponía¹⁶. Éste aumentaba por las desertiones al campo filipino –un peso por fusil–, aunque en realidad se trataba de pocas desertiones individuales y, hasta finales del año 96, el grueso de las tropas españolas estaba constituido y apoyado por la población nativa.

Entre los trabajos del campo insurrecto estaba averiguar cuál era la cosecha de arroz para señalar la contribución para el Ejército¹⁷. “Magdalo” conocía que hacia enero o febrero del año 97, unos veinticinco mil soldados españoles llegados de la Península, reforzarían a los pocos centenares existentes de facto en Manila, al estallar la revolución de agosto. El general Baldomero Aguinaldo ordena la celebración de novenas, que las autoridades municipales y militares deben promover: *debemos entender que nuestros*

¹⁴ También reproducido del libro de J. M. del Castillo “El Katipunan”, ya citado.

¹⁵ ACHÚTEGUI-BERNAD: *Op. cit.*, pp. 72-74.

¹⁶ *Ibidem*, pp. 96-98.

¹⁷ *Ibidem*, pp. 99-101.

*rezos a Dios son la más poderosa arma contra nuestros enemigos. Se espera el ataque español para finales de enero*¹⁸.

En el campo español no fueron meses de espera: Sastrón señala las acciones de contención emprendidas en la Pampanga, en La Laguna, en la isla de Mindoro. El 21 de octubre un real decreto designa al general Camilo Polavieja como Segundo Cabo de la Capitanía; es decir, Segundo Jefe militar del archipiélago, quien partiría hacia él con los generales Zappino, Lachambre, Galbis y Cornet. Llegados el 3 de diciembre, otra real orden felicitaba al general Blanco y “le autorizaba” a regresar a la Península. En la situación militar que se vivía, el general Blanco consideró que no debía hacer uso de esta “autorización” y no dimitió. La Reina Regente halló la fórmula para dar salida a la situación: el día 9 nombró a Blanco Jefe del Cuarto Militar en el Palacio Real de Madrid. El día 13 se efectuó la toma de posesión de Polavieja como Gobernador General y Jefe de Operaciones. En el ánimo de todos estaba un cambio de actitud con respecto a la política en Filipinas: así lo decían claramente las proclamas a los “habitantes” del país y a los soldados del Ejército y de la Armada. Inmediata reorganización de los altos mandos militares¹⁹. Días después, en atención a las circunstancias, se suspenden las elecciones municipales preceptuadas por la Ley Municipal de 1893 para la renovación de un tercio de las corporaciones municipales. De una política de represalias –paralela a la de asaltos a los pueblos por parte de grupos insurrectos y habitual asesinato del párroco o de funcionarios o residentes, generalmente españoles– se produjo el fusilamiento de Rizal el 30 de diciembre de 1896 y el de otros acusados, tanto en Manila como en distintas provincias, donde el espíritu de rebelión y las actividades al servicio del mismo significaban delitos previstos en los códigos entonces vigentes.

Dispuesto ya el Ejército de Operaciones con los veinticinco mil soldados y mandos recibidos entre octubre del 96 y enero del 97, partió Polavieja a operar el 14 de febrero. La ofensiva se inició en Silang, Salitrán, Dasmariñas, para dirigirse por el sur hacia el norte de la zona insurrecta, menos defendida y fortificada²⁰; en el mes de marzo prosiguió el avance con la ocupación de Imus, punto fuerte de la rebelión tagala, donde se recogieron cantidad de remingtons y mausers de los que ya disponían en cantidad las fuerzas rebeldes²¹. Estas operaciones están reflejadas con gran detalle y precisión

¹⁸ *Ibidem*, pp. 102-106 y 116-118.

¹⁹ SASTRÓN: *Op. cit.*, capítulos VII y VIII, pp. 103-151.

²⁰ SASTRÓN: *Op. cit.*, capítulos números IX y X, pp. 151-191. La organización del Ejército de Operaciones en la isla de Luzón, queda expuesta en las páginas 217-220. Fue preparada con fecha 7 de febrero, días antes de iniciarse la contraofensiva.

²¹ SASTRÓN: *Op. cit.*, p. 236.



Andrés Bonifacio.

en el libro del teniente coronel Federico de Monteverde titulado *Campaña de Filipinas. La División Lachambre*²².

La lucha estaba planteada en esta zona entre una fuerza numerosa, de elevado espíritu revolucionario, muy capaz de sacrificio, corta de medios y animada por una moral de victoria y, por otra parte, una tropa española bisoña, mucho mejor armada, dirigida por mandos capaces, pero muy afectada por el desconocimiento del terreno y por la adaptación al clima y a las condiciones de vida.

A los problemas de administración que conllevaba ejercer la autoridad en un territorio de, aproximadamente, algo más de mil kilómetros cuadrados y de más de cuarenta mil habitantes, –autoridad que había de allegar fondos, sostener una guerra, crear algo parecido a un Estado–, se unía el problema político del “Magdalo” y del “Magdiwang”, dos facciones en lucha por el poder. De un lado Aguinaldo y sus hermanos, y algunos nuevos e improvisados “generales”. Del otro los hermanos Álvarez (“Vibora”) que obtendría muy larga vida. Un papel del libro de Achutegui-Bernad ofrece una auténtica lista de katipuneros, sus cargos y sus nombres de guerra, pertenecientes a ambas facciones²³. A “Magdiwang” se incorporaría pronto Andrés Bonifacio, lo que anunciaba una convivencia aún más difícil.

Mantengamos nuestra atención a la recopilación de textos de Achutegui-Bernad para tratar de ver lo que ocurría en el área que mandaba Aguinaldo, que era la que, por su mayor proximidad a Manila, había recibido la ofensiva del general Lachambre y había perdido Silang, Dasmariñas, Salitan y, el 25 de marzo, Imus. Este pueblo fue un golpe duro para la facción, pues “Magdalo” –tres meses antes, el 21 de diciembre del año anterior– había transferido a Imus su sede, abandonando Kawit el Viejo, por considerar mucho más segura la nueva “capital”²⁴. Ello explica la encarnizada defensa de Imus cuando los españoles la atacaron y perdieron en esa acción un jefe, tres oficiales y veintidós soldados, resultando heridos nueve oficiales y ciento diecinueve soldados. El botín conseguido en armamento, munición y pólvora fue considerable dada la importancia que tenía Imus. La próspera hacienda de los frailes recoletos –donde tantos de éstos habían perdido la vida al estallar la revolución– estaba destruida; el azar salvó la vida del teniente de la Guardia Civil en aquella ocasión. El general Lachambre

²² MONTEVERDE: *Campaña de Filipinas. La División Lachambre*. Madrid 1898 p. 473. En la toma de Imus, el relato refiere la muerte en combate de Crispulo Aguinaldo, hermano de “Magdalo”.

²³ ACHÚTEGUI-BERNAD: *Op. cit.*, p. 160.

²⁴ *Ibidem*, p. 175.

dispuso poner en libertad a los noventa y seis prisioneros hechos, como medio eficaz para que sus relatos desmoralizaran al campo insurrecto, lo cual constituyó una acertada medida²⁵. El heliógrafo instalado en la torre de la iglesia de Imus transmitió a Cavite Nuevo –bien comunicado con Manila– la acción bélica del día.

Aguinaldo diría en sus memorias tardías, publicadas en 1964, que Bonifacio, que se hallaba en “Magdiwang”, es decir, en Noveleta, le había rehusado enviar refuerzos para defender Silang a mediados de febrero. Si ello es cierto, puede calcularse el resentimiento de “Magdalo” cuando hubo de abandonar Imus, la recién establecida capital de la resistencia. Entonces, en sus memorias, Aguinaldo, a posteriori, culpará gravemente a Andrés Bonifacio de haber maniobrado para hacerse nombrar “Supremo” en la Convención entre ambas facciones celebrada en Tejeros, precisamente en las vísperas del ataque de los españoles a Imus el día 22 de marzo. La reunión de ambas facciones tenía lugar en Tejeros, un barrio del importante pueblo llamado entonces San Francisco de Malabón, a unos ocho kilómetros en línea recta de Imus, lugar de la batalla donde se encontraba Aguinaldo. Éste acudió inmediatamente confiando la defensa de Imus a su hermano Crispulo que sabemos murió heroicamente en ella²⁶. La facción de “Magdalo” triunfó en la elección, pese a estar aún ausente Aguinaldo y presente Bonifacio, y ello supuso la “destitución” del hasta entonces jefe de la revolución en curso, como “Supremo de Katipunan” que la había iniciado. El conflicto pronto estallarí­a pues Bonifacio no aceptaba su derrota como “Supremo”.

Un testimonio muy vivo que publican Achútegui-Bernad en dos fragmentos reflejan, con la veracidad de un testigo serio, el ambiente de la retaguardia revolucionaria después de la evacuación de Imus y constituyen algunas de las páginas más importantes de *Aguinaldo and the Revolution of 1886*. El segundo fragmento relata la tortura y muerte de un fraile recoleto, dos agustinos y un lego agustino, los cuatro españoles, a manos de gentes de “Magdiwang” y concretamente de uno de los hermanos del ex “Supremo”. Los asesinatos habían tenido lugar el 28 de febrero, después de los primeros éxitos de la contraofensiva española y temiendo que ésta liberase a aquellos y a otros españoles en manos de los katipuneros²⁷.

²⁵ CASTILLO: *Op. cit.*, p. 161; MONTEVERDE: *Op. cit.*, p. 491. Éste señala que –según declaraciones de los prisioneros– defendían Imus unos quince mil combatientes, muchos de ellos llegados apresuradamente la víspera. Aguinaldo luchó en la defensa de Imus.

²⁶ Tejeros, barrio de San Francisco de Malabón, pueblo este último que cambió su nombre por el de General Trías y que ostenta actualmente.

²⁷ Los fragmentos del manuscrito de Telesforo Canseco ocupan –en su texto original español– las páginas 280-284 y 335-377 de Achútegui-Bernad.

Otras páginas importantes de la recopilación documental de los dos jesuitas son las que se refieren a los primeros intentos de mediación entre los españoles y los katipuneros, debido a iniciativas diversas –la orden jesuita, o un fraile dominico, o un alto funcionario español, en antigua relación éste con amigos filipinos en Madrid– y cuyas conexiones no son suficientemente conocidas. Los documentos existentes al respecto muestran la dificultad de entendimiento cuando, ya en los meses primeros de 1897, se había derramado tanta sangre por ambas partes. Quizá pudiera ser simbólico que uno de dichos intentos, promovido por españoles, se diera a conocer en el frente del río Zapote cuando se acercaron a las líneas filipinas dos monjas, una española y la otra filipina, entregando una carta del Superior de la Orden jesuita, padre Pío Pi, y del fiscal Comenge, dirigida a Aguinaldo, iniciativas contestadas negativamente por éste. Es importante conocer que la gestión del padre Pi estaba inducida por el mando militar tras los primeros resultados militares de la ofensiva de febrero y marzo, deseando explotar los éxitos iniciales.

Ha de decirse que quien reservadamente instaba al jesuita a iniciar la gestión era Nicolás de la Peña, que había actuado, como Auditor General que era en el Ejército, en el proceso de Rizal tres meses antes y había sido precisamente quien entendió que no debía hacerse pública, ni divulgar, la alocución de Rizal del día 15 de diciembre contra *esa sublevación absurda, salvaje, tramada a espaldas mías* por los revolucionarios²⁸, por entender –con poco sentido de la realidad– que esa divulgación suponía, en cierto modo, dar a Rizal una cierta autoridad moral entre los suyos.

Estos intentos españoles de dirigirse al “Sr. D. Emilio Aguinaldo”, sin otra designación, molestaron al rival Bonifacio cuando –a través de los mandos militares de “Magdalo”– tuvo conocimiento de ellos. Aguinaldo diría –en sus tardías memorias de 1964– que el “Supremo” se irritó por el hecho de que los españoles se dirigieran al “capitang Emilio” y no a él²⁹.

La lucha intestina por el poder iba agudizándose entre ambas facciones: el “Magdalo”, fuerte en Kawit y en Imus; el “Magdiwang”, fuerte en Nove-

²⁸ RETANA: *Vida y escritos del Dr. Rizal*. Madrid 1907, pp. 374-375. El auditor De la Peña fue autor también del infausto dictamen que aprobaba la sentencia de muerte contra Rizal. Torpe dictamen que lleva la fecha del 27 de diciembre de 1896, y al que el general Polavieja dio su conformidad al día siguiente. La ejecución tuvo lugar el día 30. ¿Era el auditor la persona más idónea para entrevistarse con Aguinaldo? El auditor hubo de ser, en la penosa situación de agosto de 1898, uno de los firmantes del Acta de Capitulación de Manila del 14 de agosto de 1898.

²⁹ ACHÚTEGUI-BERNAD: *Op. cit.*, p. 314.

leta y en San Francisco de Malabón. Se conocen los nombres de los improvisados y valientes jefes que formaban parte de una y otra partida, cada una de las cuales disponía de su respectivo "Gobierno".

Bonifacio, con sus hermanos y su esposa Esperidona, habían sido acogidos por el "Magdiwang" y militaban en éste, contra el poder que, de hecho, estaba adquiriendo Aguinaldo. En la convención de Tejeros había sido elegido "capitang Aguinaldo" pero el "Supremo" declaró nula la elección. Se decía —el "it was said", o "se dijo" es un término muy presente en la historiografía filipina— que el "Supremo" ambicionaba ser ahora el rey de los tagalos y tramaba acabar con Aguinaldo³⁰.

"Capitang Emilio" se le adelantó. Cuando Bonifacio, el 23 de marzo, día siguiente a la elección perdida, declaró no reconocer el fallo, Aguinaldo convocó una reunión para el día 24, que dijo le confirmó como Presidente de la República, y seguidamente hizo referencias a su programa de gobierno: libertades de pensamiento y de culto, de comercio, y elección de Parlamento.

Disponemos de un libro del historiador filipino Teodoro A. Agoncillo, ensalzando la figura y la obra de Bonifacio, con textos muy iracundos contra sus rivales, que hacían presumir un enfrentamiento muy próximo³¹.

La recopilación de Achútegui-Bernad recoge un relato importante del incidente producido entre ambos jefes: cuando Bonifacio y su hermano Ciriaco retuvieron a un grupo de sesenta soldados del "Magdalo" —portadores de armas largas— con fines dudosos, pero alarmantes, se presentó Aguinaldo en persona en el lugar, con sus hombres más fieles y dispuesto a matar o morir. Aguinaldo recuperó sus sesenta soldados y Bonifacio desapareció pero en incidentes sucesivos entre las dos facciones fue muerto a tiros un hermano de Andrés Bonifacio, el cruel Ciriaco Bonifacio, y herido en el cuello, no de gravedad, el propio "Supremo", que quedó prisionero, con su hermano Procopio. Aguinaldo dispuso un consejo de guerra que el 28 de abril —en Naic, retaguardia del campo insurrecto— y compuesto por fieles de Aguinaldo, condenó a muerte, por traición, a los encausados aunque ponía en manos del "Presidente" la decisión final. Éste, siempre astuto, conmutó la pena por las de exilio a un lugar aislado, bajo guardia armada, y conde-

³⁰ *Ibidem*, p. 327.

³¹ AGONCILLO, T.A.: *The Writings and Trial of Andrés Bonifacio*. Manila 1963. Donde figuran —además de la obra poética en tagalo del "Supremo"— textos de su irritación por su situación política.

nó a diez de sus seguidores a ser subalternos en su cuartel general durante un año³².

¿Salvaron sus vidas Andrés y Procopio Bonifacio? No, pues los dos hermanos fueron retirados de su prisión en Maragondon el día 10 de mayo de 1897 y llevados a un bosque de las inmediaciones del pueblo, donde fueron fusilados. Tratándose de Andrés Bonifacio –fundador del “Katipunan” e iniciador de la revolución–, puede suponerse la cantidad de opiniones existentes acerca de este hecho, acerca de sus posibles inductores, acerca de las respectivas responsabilidades, de los motivos o de la falta de éstos, de los autores materiales, de las consecuencias históricas, del juicio definitivo entre el héroe conocido como “el Gran Plebeyo” y el militar con talento político y organizador, Aguinaldo, que estaba manteniendo una resistencia contra el régimen colonial establecido. En líneas generales puede decirse que hay un sector en favor del “Supremo” y otro en favor del general, aparte una actitud generalizada de conciliar las dos posiciones y no exagerar la existencia del conflicto.

Entrada la primavera prosiguió la ofensiva de la División Lachambre, que fue ocupando el resto de la provincia. A finales del mes de abril cesó en su cargo el general Polavieja y le sustituyó Fernando Primo de Rivera, que ya había ejercido el cargo anteriormente entre 1880-1883. Bajo su mando prosiguió la ocupación de la zona insurrecta pero también existían focos menores en las provincias rebeldes. El recién llegado evaluaba las fuerzas insurrectas *en unos 25.000 hombres y el de armas de fuego portátiles en 1.500, pudiendo afirmar que nunca han tenido más*³³. Quedaban por ocupar núcleos importantes de la provincia de Cavite: Indang, Méndez Núñez, Alfonso, Maragondon y Naic. Aguinaldo había divulgado en marzo la proclama a los soldados filipinos encuadrados en el Ejército español, instándoles a desertar, ofreciendo treinta y cinco pesos a quienes lo hicieran llevando un arma larga; el 9 de mayo –ya durante el mando superior de Primo de Rivera– lanzó otra detallando una escala de recompensas si se tratase de

³² ACHÚTEGUI-BERNAD: *Op. cit.*, p. 355-386. El trabajo de T.A. Agoncillo es más extenso y transcribe el juicio, los testimonios, las sentencias y la conmutación del Presidente. No conocemos otro libro, en tagalo y en inglés, titulado *El proceso de Andrés Bonifacio* Manila 1963, de Virginia Palma-Bonifacio, con prefacio del P. Bernad e introducción del historiador filipino Carlos Quirino. En 1956 Teodoro Agoncillo había publicado su historia de Bonifacio y el Katipunan bajo el título –que a nosotros nos sugiere algo– de *The revolt of the masses* o rebelión de las masas, evidente hipérbole cuando los alzados en 1896 no fueron más de unos veinticinco mil en un país de unos siete u ocho millones de habitantes.

Un escritor filipino actual –Nick Joaquín– con ideas propias y particulares, concluiría en su libro *A question of heroes* que Bonifacio –por ser manileño y no de la región de Cavite– no halló en ésta verdaderos apoyos, y sus partidarios caviteños le traicionaron y le dejaron morir a manos del caviteño Aguinaldo.

³³ PRIMO DE RIVERA, F: *Memoria dirigida al Senado*. Madrid 1898, p. 24.



General Fernando Primo de Rivera.

cabos o sargentos filipinos, tan numerosos en las fuerzas españolas. También se reproducen otras peticiones de ayuda a los soldados, de necesidad de fondos para adquirir armas, se supone que procedentes de negociantes extranjeros y que estaban siendo gestionadas³⁴.

La reocupación de la provincia estaba ultimada el 17 de mayo, cuando Primo de Rivera lo anunció así y concedió indultos a los participantes en la campaña: exceptuados los promotores de la rebelión, los desertores y los oficiales (filipinos) que hubieran cooperado con la rebelión, etc. Pero había ocurrido algo de primera importancia: cuando Aguinaldo hubo perdido el último pueblo que había ocupado ocho meses antes, su conocimiento del terreno le permitió no ser capturado por las tropas españolas y –concentrado en el pueblo de Talisay, al norte del lago Taal, en la contigua provincia de La Laguna–, decidió dispersar sus fuerzas. Recomendó a todos que aprovecharan el indulto que ofrecía el Capitán General, pero que no olvidasen la causa revolucionaria y que él iba a trasladarse a las montañas del centro de la isla.

Reunió a sus más significados partidarios y, divididos en pequeños grupos, se dirigió al norte, atravesó el río Pasig, en las cercanías de Manila, y supo llegar hasta Biaknabató, donde existía un pequeño centro de resistencia en una zona montañosa, acogiendo a la invitación de quienes allí se sostenían. Según conclusiones de Achútegui-Bernad, la marcha de unos pocos centenares de revolucionarios desde las tierras abandonadas hasta Biaknabató se efectuó cautelosamente, desde mediados de mayo hasta comienzos de agosto.

Por su parte los españoles dieron por concluida la campaña de Cavite y la división de Lachambre fue disuelta. El trabajo del teniente coronel Monteverde publica el estadillo de las bajas producidas en ella: quince jefes y oficiales muertos, y ciento sesenta y ocho soldados; cincuenta y seis jefes y oficiales heridos y novecientos diez soldados; un total de ciento ochenta y tres muertos y de novecientos sesenta y seis heridos. De la enumeración de los hechos de armas acaecidos en la campaña se observa que tras los duros combates por las tomas de Silang, Dasmariñas e Imus en territorio de “Magdalo”, que costó mes y medio, el resto, constituido por el territorio de “Magdiwang”, requirió otro mes y medio, pero con lucha menos encarnizada³⁵. La guerra de 1897 no estaba concluida.

Acudamos a la versión que el Capitán General daría al Senado en una *Memoria* sobre la hábil retirada efectuada por Aguinaldo al abandonar

³⁴ ACHÚTEGUI-BERNAD: *Op. cit.*, pp. 407-408.

³⁵ MONTEVERDE: *Op. cit.*, pp. 580-581.

Cavite y trasladarse al centro de Luzón, abriendo un frente al tiempo que se veía obligado a cerrar otro. Diría Primo de Rivera que: *no obstante haber guarnecido el (río) Pasig, ejerciendo en él gran vigilancia, consiguió Aguinaldo burlarla atravesando el río por Pateros, acompañado de cuatro o seis partidarios*. El grueso de sus fuerzas, constituido sin duda por centenares de hombres, quizá unos pocos miles, hubieron de ganar las montañas de Bulacán por diversos caminos, incluidos los de la costa este de la isla de Luzón³⁶. En esta isla aún permanecían focos menores de insurrección y Primo de Rivera conocía las dificultades de someterlos, por la falta de optimismo con que observaba la actitud de los filipinos, que cada vez inspiraban menos confianza, si bien *teníamos en esas provincias hombres del país, prestigiosos, adictos hasta el sacrificio a nuestra causa, conocedores de cosas y personas, que respondían a la tranquilidad de sus comarcas a poco que se les ayudase y era de presumir que al iniciarse cualquier movimiento en ellas sería fácilmente sofocado*³⁷. En el sur del archipiélago, siempre inquieto y rebelde a Manila, la situación estaba contenida.

Aguinaldo se mostraba fuerte en los montes de Puray, Sibul, Boso-boso, Loac, Biaknabató y Araya y allí llevó Primo de Rivera la guerra en la acción de Puray, que las historias filipinas presentan como una gran victoria y la española como una acción necesaria, que costó veintitrés muertos y cincuenta y cuatro heridos, cifra muy inferior a la de las bajas de las fuerzas insurrectas³⁸.

El 3 de julio del 97 la *Gaceta de Manila* publicaba una nueva orden de la Capitanía General puntualizando el alcance de los indultos anteriormente concedidos, interpretados con demasiada amplitud por algunas autoridades locales, de lo que resultaban la persistencia de *unas cuantas partidas, que siempre derrotadas, cometen toda clase de delitos comunes* por lo que se intensificará el control de las poblaciones rurales. A ellos respondieron los insurrectos con el llamado *Manifiesto* firmado con el seudónimo "Macasar", en el mes de julio, que comenzaba indicando que se habían abandonado los pueblos de la provincia de Cavite *porque se consideró conveniente hacerlo* y se ha cambiado de táctica: se emprenderá la extensión de la guerra a otras provincias de Luzón, por el sistema de guerrillas, hostigando a los españoles y evitando choques directos. Otro manifiesto, también en el mes de julio, pero esta vez firmado por el ineludible Agui-

³⁶ PRIMO DE RIVERA, F: *Op. cit.*, p. 55.

³⁷ *Ibidem*, pp. 59-60.

³⁸ *Ibidem*, pp. 67-68.

naldo, llamaba a las armas y a los sacrificios a un pueblo ofendido por el trato que recibía³⁹.

La guerra registra también la lucha por obtener fidelidades y, a título anecdótico –pero con valor representativo– señalamos que un filipino fiel a España llamado José Serapio, “célebre capitán”, que había prestado servicios valiosísimos en la campaña de Bulacán según Primo de Rivera —era objeto de propuestas formales por parte de los insurrectos invocando argumentos religiosos, después patrióticos y finalmente amenazas esperando *la demostración de su verdadera adhesión a nosotros sus paisanos*⁴⁰.

En este terreno de guerra psicológica ha de incluirse otro escrito de Aguinaldo, de 26 de septiembre de 1897, dirigido en español a los soldados españoles, conociendo *el desencanto tan grande que tenéis* y justificado por el mal trato que reciben y abusos, refiriéndose a una desertión ocurrida en el día de la fecha: la del soldado José Aroca Gil⁴¹.

El interés de este documento, que fue publicado ya en España en enero de 1898, reside en que lo firman, en Biaknabató, Aguinaldo y el ex capitán del Batallón de Cazadores número 7, Celso Mayor y Núñez, auténtico español desertor *el que huyendo de infames persecuciones de que ha sido víctima, se ha acogido a nosotros*. No conocemos la aventura personal de este hombre, que está citado ampliamente por el defensor de Baler —el laureado Saturnino Martín Cerezo— en su célebre libro *El sitio de Baler*, por sus actuaciones y acechanzas. Mayor y Núñez era en 1899 coronel de Estado Mayor de Aguinaldo. Junto a él otro capitán desertor, Manuel Sityar, también ascendido a coronel, y también citado como parte del Estado Mayor de Aguinaldo en la sucesiva guerra contra los norteamericanos.

Aguinaldo no podía esperar el ataque; según su nueva táctica anunciada, ordenó el asalto del rico pueblo de Aliaga para apoderarse de los víveres que iba a necesitar, así como de otros lugares, lo que obligaba a una guerra costosa en bajas y recursos. Ante el temor de que la guerra se prolongase hasta la ocupación de Biaknabató, el núcleo de la resistencia: *y ante las excitaciones de Madrid para terminar cuanto antes, detuve la acción militar y, debidamente autorizado, traté con Paterno, representante de Aguinaldo*⁴², diría Primo de Rivera.

³⁹ ACHÚTEGUI-BERNAD: *Op. cit.*, pp. 432-433 y 436-437.

⁴⁰ PRIMO DE RIVERA: *Op. cit.*, p. 68; ACHÚTEGUI-BERNAD: *Op. cit.*, pp. 442-444.

⁴¹ ACHÚTEGUI-BERNAD: *Op. cit.*, pp. 451-452.

⁴² PRIMO DE RIVERA: *Op. cit.*, p. 75.

El mando filipino, que tenía que hacer frente a rumores de actos criminales —asaltos y raptos de mujeres— hubo de hacer frente a esos disidentes cada vez más frecuentes a medida que la supervivencia de Biaknabató se hacía más difícil, al tiempo que se adoptaba —en un esfuerzo loable de ofrecer una estructura política a la revolución— una constitución que estaba inspirada en la redactada por independentistas cubanos en 1895 y conocida como *Constitución de Jimaguayo*⁴³.

Paralelamente la resistencia armada experimentaba una crisis, después de un año justo de desgaste, en el que la revolución había retrocedido en sus conquistas iniciales ocurridas durante los primeros momentos en Cavite y, en menor medida, en otras provincias tagalas e ilocanas.

Hemos de referirnos a continuación a lo que las historias titulan *El pacto de Biaknabató*, acontecimiento que puso fin al levantamiento revolucionario filipino de agosto de 1896.

El capitán general Primo de Rivera comunicaba el 4 de agosto al Jefe del Gobierno, entonces Cánovas del Castillo, lo que sigue, escrito que éste no pudo leer pues sería asesinado por un anarquista italiano, y ello antes de que la carta llegara a España. Por consiguiente habría de leerla el Sr. Sagasta, jefe del Partido Liberal, al ocupar la Jefatura del Gobierno.

Decía al Señor Presidente del Consejo de Ministros, fecha 4 de agosto de 1897⁴⁴: *Se me ha presentado D. Pedro A. Paterno, persona que goza de grandes simpatías e influencia en el país filipino, que ha sido considerado como sospechoso por los españoles y amenazado y perseguido por el fraile. Es hombre de alguna instrucción, bien educado, mestizo, de palabra persuasiva, historiador de su país, abogado y escritor. Hace alarde de españolismo, creo que nada ha intentado contra España durante los sucesos de estos últimos meses; pero es liberal del país, aspira a la asimilación con la madre patria, representación en Cortes, etc.*

Me parece que ambiciona notoriedad y honores, y le creo capaz de servirnos si ve esperanzas de realizar sus deseos; se ha presentado sólo, pero debo creer que trae representación de otras personas, por más que nada haya dicho. Su amor a España y a este país, según dice, le obliga a presentarse a mí para ver el medio de llegar a la paz tan necesaria, y evitar los inmensos perjuicios y los torrentes de sangre que está costando la guerra;

⁴³ ACHÚTEGUI-BERNAD: *Op. cit.*, pp. 456-462. Firman ese texto el 1 de noviembre de 1897, cuarenta y ocho jefes —militares y políticos— de la revolución, la plana mayor de la resistencia al régimen español y la punta de lanza de la nacionalidad filipina, que pugnaba por sobrevivir.

⁴⁴ PRIMO DE RIVERA: *Op. cit.*, pp. 122-124.

que está dispuesto a ver a Aguinaldo, Llanera y los demás jefes de la insurrección, para reducirlos; que persuadido de que lograría convencerlos, deseaba saber si yo le facilitaría su gestión y medios para alcanzar lo que tanto interesaba. Todo lo que no sea comprometer el nombre de España, le dije, al tratar con insurrectos, será aceptado por mí, pero no he de comisionar a persona alguna para que hable con los jefes de la insurrección; así que nada podía yo hacer en la gestión que se proponía; que no me hallaba dispuesto a iniciativas en asunto de esta índole, y que, persuadido de la generosidad de España, podría perdonar a los que la ofenden, y aún facilitarles medios para que puedan vivir y ocultar sus faltas.

Colocada la cuestión en ese terreno, fue más explícito; dijo que, desde luego él marchaba a ver a Aguinaldo y demás compañeros; que tenía la seguridad de atraerlos con el perdón y salvoconductos para ir a los puertos de Japón o China, facilitándoles dinero para poder vivir en esos países; que se necesitaba también alguno para reducir a los de segunda línea, y que no dudaba que en breve podría darme cuenta satisfactoria del resultado de sus trabajos; calculó en 500.000 pesos el dinero necesario, y pidió conmiseración para los desertores.

Cómo cuanto pide con relación a perdón, está comprendido en los bandos del indulto, no he tenido inconveniente en decirle que los perdonaría, si bien tendrían los soldados desertores que hay en el campo incorrecto, que extinguir sus servicios en un cuerpo de disciplina; y en cuanto a dinero, nada en concreto le he dicho, porque se trata de cantidad de consideración y me parece prudente consultar con el Gobierno, cómo lo haré por el cable, antes de que ésta llegue a sus manos, si da resultado lo que ese señor se propone. Yo por mí aceptaría esto como la mejor solución que puede presentarse: nada tan económico en oro y sangre. La guerra ha tomado carácter distinto del que tenía al principio; las partidas ya no esperan en poblaciones donde era fácil batirlas; tienen unas 1.500 armas, y para cada una de ellas seis u ocho hombres, así que jamás se les cogen; todo su afán consiste en armas, y por grande que sea la vigilancia en las costas irán en aumento.

La guerra de montaña aquí es más fatigosa que en parte alguna; el peninsular se extenua rápidamente con la fatiga y no es para mí dudoso que la guerra pueda prolongarse indefinidamente si el cansancio de los pueblos y las exacciones que sufren no les obligan a dar noticias.

Mi impresión, con respecto a todo lo que antecede, es que este hombre obra de buena fe, pero creo que no tiene fuerzas para alcanzar lo que se propone. Le he facilitado un pase para circular por varias pro-

vincias: veremos resultados; sea el que fuere nada perdemos, porque en nada varío ni modifíco la política de la guerra, ni la suspendo un solo momento.

Este texto no tiene desperdicio; refleja la verdad, matizada, en cuanto a la personalidad de Pedro A. Paterno, filipino de familia china, muy rica, procedente de Molo, isla de Panay. Los Paterno, inteligentes y ambiciosos, se trasladaron a Madrid, donde vivían lujosamente —en la calle del Saúco (ahora Prim) esquina a la de Barquillo— en la que habían hecho un museo filipino pues Pedro Alejandro se consideraba un antropólogo y un historiador. Este Paterno, con su dinero, decía había publicado en Madrid unas cuantas obras “científicas” sobre la religión de los antiguos habitantes de las islas, sus filósofos, la astronomía, la ornitología y la botánica de su país. Sí publicó una novela de costumbres filipinas “Ninay”, de indudable interés por la condición del autor, además de poesías líricas y dramáticas y otras varias; también preparó un libro sobre su viaje alrededor del mundo. De todo ello el serio bibliófilo español Retana —que conoció al personaje— hizo una detallada relación de su monumental obra *Aparato Bibliográfico de la Historia General de Filipinas* donde dice que, entre 1894 y 1897 este Paterno *se agitó mucho en Madrid, distinguiéndose principalmente por sus agasajos a los periodistas*. Leyó en el Ateneo algunas de sus poesías, no exentas de inspiración. Su compatriota Trinidad Pardo de Tavera —una de las figuras principales de la cultura filipina, y muy estimado por Rizal— escribiría que la lista de obras que Paterno señalaba como propias constituye *una indigna falsedad que no puede tener excusa* y que, por ello, era Paterno un *vulgar impostor*. Paterno recibía en sus fiestas caseras a cuanto personaje se dejaba invitar por él, como en el caso de quien había sido Capitán General en Filipinas, Primo de Rivera, que hacía una política de atracción con los filipinos que se decían adictos a España.

Paterno había vivido en Madrid considerándose —y no le faltaban motivos— como el filipino principal de aquella comunidad; en ese papel quedó enfrentado con Rizal durante los dos años y medio que el doctor viviera en Madrid. Rizal anota en su diario privado de aquellos años varias críticas a la persona y a las actitudes de Paterno, pero, a pesar de ello, en 1887 lo cita elogiosamente en su novela *Noli me tangere*. Paterno, con sus medios e influencias en Madrid, abrió aquí el Círculo Hispano-Filipino en ese mismo año, domiciliado en la calle de Relatores de Madrid, que al ser dominado por la masonería y el “filibusterismo” fue abandonado por el fundador, que regresó a Manila en 1895 dispuesto a jugar un papel principal en la política de entendimiento con España, desde el sector conservador. En este sentido,

su sonada gestión para lograr la aceptación por parte de Aguinaldo del pacto de acuerdo con España⁴⁵.

Primo de Rivera confiaba mucho en los resultados de esa operación, pues las bajas en el Ejército suponían –por operaciones de guerra o por enfermedades– unas diez mil al año. Los jefes de partidas se podrían “comprar” con una cantidad del orden de un millón setecientos mil pesos, que en parte servirían para acallar protestas entre los suyos. Los jefes tagalos en su mayoría quedarían desperdigados y se podrían levantar los sentimientos anti-tagalos de los otros pueblos filipinos, donde están latentes. Si no se acepta el plan de paz comprada, urge el envío de unos ocho mil hombres, que son las bajas por combates y enfermedades.

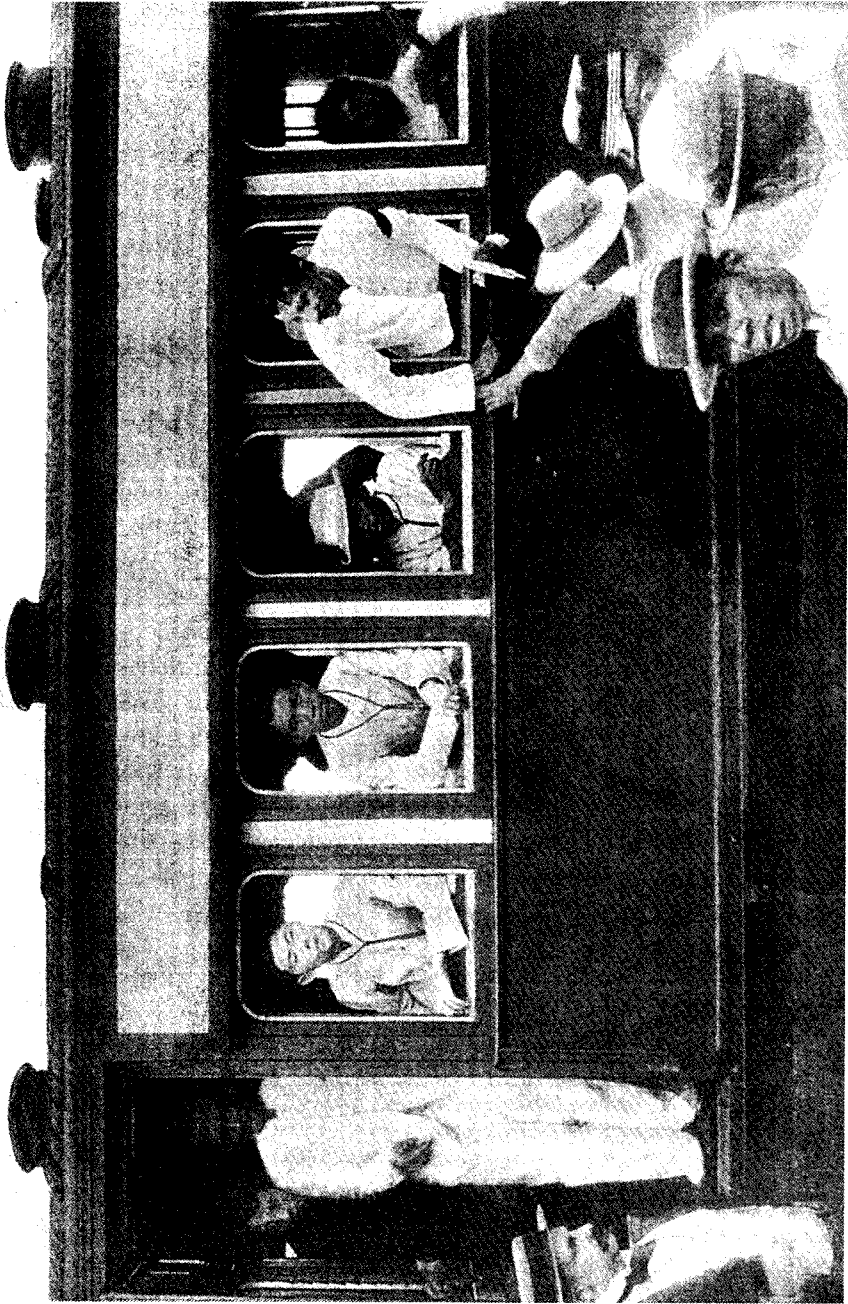
El Gobierno de Sagasta se interesó, por supuesto, en el plan propuesto y pidió detalles sobre los plazos de pagos. Primo de Rivera ratificó: quinientos mil pesos al entregarse Aguinaldo con todas sus fuerzas operativas y armamento; quinientos mil pesos cuatro meses después, si ha cesado toda resistencia, y quinientos mil pesos dos meses después para asegurar la paz.

Paterno, que había llegado hasta el cuartel general de Aguinaldo con un salvoconducto o pase expedido por Primo de Rivera para llegar hasta las líneas filipinas, fue recibido con reserva y cautela y regresó el día 13 con una respuesta escrita de Aguinaldo: tres millones de pesos y aceptación a las históricas demandas revolucionarias; expulsión de las órdenes religiosas; representación de Filipinas en las Cortes; igualdad ante la justicia; promoción de filipinos en la Administración; libertades de asociación y de imprenta; intervención en las contribuciones y patrimonio de la Iglesia, etc.

No podía hacer nada el Capitán General sino trasladar estas peticiones a Madrid y *ofrecer mis buenos servicios cerca del Gobierno*. En un viaje de inspección por la Pampanga, Primo de Rivera recibió a unos delegados lle-

⁴⁵ La parte más endeble de la personalidad de Paterno era su delirio aristocrático. Se inventó un título nobiliario tagalo, “Maguino”, que utilizaba, con un blasón, y que deseaba se equiparase a un título ducal español. Sus “trabajos” históricos son delirios nacionalistas de poca consistencia. Retana lo trata con bastante benevolencia porque Paterno defendió, sucesivamente, la reforma municipal española de 1893: el establecimiento –¡tan tardío!– de una fórmula autonómica; el uso de la prudencia en el turbado año 1898, y dirigió una revista cultural hispano-filipina. Por su gestión de paz figuró como presidente en el Congreso de Malolos que pretendía levantar un Estado frente a la invasión norteamericana en 1899. Fundó *La República Filipina* a los pocos días de la ocupación de Manila por los EE.UU., pero, ante la perspectiva del caos político, pronto aceptó la ocupación norteamericana, que era garantía de orden y de prosperidad económica. Por la rapidez de estas mutaciones –que no hacían más que repetir la de los muchos filipinos de tendencia conservadora– se formularon sátiras contra Paterno. Falleció con la imagen de un gran intelectual y patriota en 1911.

Hemos leído duras inectivas de un comisionado español acerca de los prisioneros españoles en manos de Aguinaldo, atacando la actitud de Paterno después de 1898: apliquemos el beneficio de la duda a esos ataques.



Sumisión de los principales jefes de la insurrección.

gados de Biaknabató, con un papel con unas bases de discusión firmadas por Aguinaldo y por Mariano Llanera⁴⁶, uno de los “henerales” de la revolución, que se había distinguido en la provincia de Nueva Écija. Primo de Rivera consideró aceptables aquellas bases y pidió tiempo para contestar. Entendía, según informó al Senado, que esta actitud nueva de los filipinos se debía a que estos conocían que ya estaban entrando en fujgo veintiún mil voluntarios de leales filipinos, deseosos de combatir a unos insurrectos que estaban debilitados después de la pérdida de la provincia de Cavite.

Por éste o por otro motivo, la realidad histórica es que Aguinaldo y los suyos estaban ahora dispuestos a una transacción y la habilidad negociadora del chino hizo que nombraran a Paterno por escrito, *árbitro*, con poderes amplísimos. Sin duda el negociador habría tratado de convencer a los insurrectos de que los españoles terminarían por hacer grandes concesiones. Problemas no iban a faltar: ¿de cuántas armas largas disponían e iban a entregar? ¿solamente quinientas ochenta y siete? Solamente las aportadas por los desertores debían ser casi el doble.

Paterno estaba efectuando una gran gestión, arriesgada incluso para su persona, pero tuvo la suerte de coincidir con las muestras de cansancio de la revolución, que necesitaba una tregua para reponer fuerzas. Paterno publicó años después un libro en el que precisaba su gestión: el 9 de agosto —¡el mismo día de su llegada hasta Aguinaldo!— estaba nombrado árbitro por éste “para firmar la paz” y para recibir *la suma total de los fondos y recursos que el Gobierno español nos conceda*, que serán del orden de tres millones de pesos. En tres años se garantizaba la paz *durante los cuales esperamos se implanten las deseadas reformas políticas, eclesiásticas, civiles, administrativas y económicas*; es decir, las históricas demandas de la revolución. Parece razonable creer en un acuerdo previo entre Aguinaldo y Paterno, dada la rápida aquiescencia de Aguinaldo.

Aguinaldo, con el segundo jefe de Biaknabató, y con Llanera —es decir, dos autoridades locales que ya sustituirán al equipo caviteño de antaño— someterían aquel acuerdo a la Asamblea de la República. Suspenderá todo movimiento de “avance filipino” en cuanto se inicie el proceso del pacto.

Como gesto amistoso Aguinaldo liberó el 11 de agosto a los prisioneros de un reciente encuentro en Puray. ¿Cuántos fueron? En otro papel hay referencias a catorce prisioneros españoles, entre los cuales se encontraba un fraile franciscano, el padre Cándido Gómez Carreño, apresado en Baler

⁴⁶ PRIMO DE RIVERA: *Op. cit.*, pp. 128-132.

meses antes, y que ahora regresaría a su parroquia, donde viviría aún la aventura de “los últimos de Filipinas” relatada en el libro de Martín Cerezo *El sitio de Baler*⁴⁷.

Por nuestra parte hemos de suponer que la naturaleza volátil de la verdad, en el historiador Paterno, seguramente exageró este convencimiento suyo de que Primo de Rivera, un simple general prestigioso, se inclinase tanto a esperar reformas básicas en Filipinas que estaban muy lejos de ser aceptadas por la —equivocada, eso sí— opinión pública española.

La misma opinión pública española, en Manila misma, mostraba profundas reservas a la gestión de paz iniciada por el Capitán General. Basta decir como dato significativo, que el libro clásico de Manuel Sastrón, obra de un funcionario cualificado y ejemplar, al historiar la insurrección trata con repulsa esa “paz que no era paz”, pues creía que la revolución filipina se hallaba agónica; que la paz era “una truhanería de algunos indígenas” y “un grave error de los Gobiernos de la metrópoli”; que era una “magnanimidad” española y un daño mayor en la historia⁴⁸...

Acordada la entrega de las armas no más tarde del 12 de diciembre, ese día se presentó la comisión del campo enemigo para rendirse sin pretensiones de reformas. Los hermanos Aguinaldo, Llanera y Gobierno de la titulada república, con sus partidarios y armas, sólo piden perdón para sus vidas y recursos para emigrar, según telegrama de ese mismo día del Capitán General al Gobierno. Ello interrumpía la preparada ofensiva final para ocupar Biaknabató, a la que —según Sastrón— hubo de renunciar Primo de Rivera vertiendo “candentes lágrimas”, pues la tesis de Sastrón —ciertamente controvertible— fue que el pacto fue impuesto por el Gobierno español al General.

¿Existen conclusiones definitivas sobre esa política? En la realidad ocurrió que se precisaron las fechas para que Aguinaldo ordenara a los suyos el fin de las hostilidades. Un teniente coronel español —Miguel Primo de Rivera, sobrino del Capitán General— y dos generales españoles, Tejeiro y Monet, acudieron a Biaknabató a preparar la recepción del armamento que

⁴⁷ MARTÍN CEREZO: *El sitio de Baler*. Guadalajara 1904. Para un estudio del mismo, y de sus personajes, mi trabajo “La defensa de la posición de Baler. 1898-1899” en la *Revista de Historia Militar*. Madrid. Año XXXIV, número 68. 1990, pp. 83-178. El franciscano Gómez Carreño, un toledano de Madridejos, uno de los peones de la defensa, fallecería víctima del beriberi, en el reduto de Baler el 25 de septiembre del año 98 y está enterrado en Madrid en el mausoleo a los héroes de Cuba y Filipinas.

⁴⁸ SASTRÓN, Manuel: *Op. cit.*, Madrid 1901, p. 311 y ss. El estimable Sr. Sastrón no comprendió —ni siquiera después de producirse los hechos— que el expansionismo americano tenía ya decidida la guerra con España, y que esto suponía decisiones sobre el porvenir de Filipinas en las que cualquier otra consideración resultaría irrelevante.

entregaban los insurrectos. Efectuado esto, entrega española a Aguinaldo por intermedio de Paterno, de seiscientos mil pesos. En el puertecillo de Sual zarpa el vapor *Uranus* llevando a Aguinaldo y veintisiete acompañantes, compañeros en la insurrección, rumbo a Hong-Kong; les acompañaba el teniente coronel Primo de Rivera. Los filipinos recibirían posteriormente, a percibir en Hong-Kong, otros dos cheques de doscientos mil pesos cada uno pero estos cheques no fueron entregados porque Aguinaldo incumplía su compromiso de distribuir la primera entrega entre los damnificados por la guerra lo que jamás hizo Aguinaldo, y en esto hay unanimidad completa.

No la hay respecto de la primera entrega de seiscientos mil pesos, que el Capitán General asegura se efectuó y que de ello tiene recibos, a disposición de los senadores españoles que deseen examinarlos. De estos seiscientos mil pesos, se destinaban cuatrocientos mil a Aguinaldo y doscientos mil a distribuir entre los cabecillas que hicieron la revolución⁴⁹. Por su parte Aguinaldo, en sus tardías memorias, reconoce haber recibido solamente cuatrocientos mil pesos y acusa a los españoles de incumplimiento del resto. Procedería, pues, hallar y publicar los recibos a que se refieren las entregas efectuadas⁵⁰.

La historiografía filipina, tan volátil, lo soluciona todo, como de costumbre, acusando de incumplimiento a los españoles, y embarulla las cifras señalando la promesa española de un millón setecientos mil pesos. No hay que añadir que el “incumplimiento”, según las historias filipinas⁵¹, llegó hasta el no expulsar a todos los frailes españoles de Filipinas; pretensión que, como tema de discusión, nunca se planteó, por desorbitado y no imaginable.

El supuesto incumplimiento español sirve de base para justificar el evidente incumplimiento de Aguinaldo: que no efectuó la distribución pactada y que guardó lo recibido para comprar nuevas armas, lo que, como patriota filipino, le honra. Otro asunto, y en él no hemos de entrar, son las reclamaciones y acusaciones que de algunos de sus partidarios recibiera Aguinaldo en Hong-Kong.

Aguinaldo se había despedido de sus paisanos con este documento, de fecha 25 de diciembre de 1897, al abandonar la Presidencia:

Abandono las armas, porque continuando la guerra os traería, en vez de felicidad, la perturbación y malestar, que no es el fin que se persigue por la insurrección; abandono las armas, porque así uno miras a las altas del

⁴⁹ PRIMO DE RIVERA: *Op. cit.*, pp. 138-141.

⁵⁰ ACHÚTEGUI-BERNAD: *Op. cit.*, p. 535. Reproduce fragmentos de memorias de Aguinaldo.

⁵¹ ZAIDE: *Op. cit.*, p. 164. Para este historiador oficioso se pagaron cuatrocientos mil y doscientos mil pesos, y no se entregaron los restantes un millón cien mil pesos.

*noble gobernante excelentísimo señor don Fernando Primo de Rivera, Marqués de Estella, quien henchido de amor a nuestro querido país, inició una era de paz desde que empuñó las riendas del gobierno de este suelo español; abandono las armas, oyendo los patrióticos consejos del árbitro, el maguinoo Pedro A. Paterno, amantísimo del bienestar de la patria común*⁵².

La revolución no había vencido pero tampoco había sido vencida sino, todo lo más, retrasada por algún tiempo. Volvió a aparecer cuatro meses más tarde, en abril de 1898 cuando los Estados Unidos declararon la guerra a España y desembarcaron en Cavite a Aguinaldo, dándole armas que pronto se volvieron contra los norteamericanos en una guerra muchísimo más devastadora para Filipinas que el año y medio de la guerra revolucionaria contra España en 1896-97.

En cualquier otro caso, aún sin intervención norteamericana, Filipinas no hubiera tardado en lograr su independencia, que era justa y merecida, y el régimen español, anacrónico a finales del siglo XIX, no habría sobrevivido a las primeras décadas del siglo XX, cuando España se había despegado ya de las potencias colonizadoras europeas y no podía medirse con la media docena de ellas (El Japón naciente ¿no hubiera intentado hacer o decir algo en Filipinas?).

Primo de Rivera en 1898 pidió el relevo y esperó la llegada de su sucesor, el teniente general Basilio Agustín, que desembarcó el día 9 de abril de 1898, pocos días antes de que los Estados Unidos declarasen la guerra que deseaban.

⁵² ACHÚTEGUI-BERNAD: *Op. cit.*, p. 549. (El texto en español aparece defectuoso en su último párrafo. Lo retocamos sirviéndonos para ello del texto en inglés que aparece en la p. 550).

El segundo y breve párrafo es muy confuso por empleo de la lengua española. Sirviéndonos de la traducción al inglés creemos poder hacer legible ese párrafo de esta manera: *Por propio acuerdo me marcho; y lo hago renunciando a la propia inmunidad personal que poseo por ley y promesa de los españoles. Pero la pasión violenta que es el odio, o cualquier otro apasionamiento, pueden hacer posible se levante una mano suicida que produzca víctimas, creando nuevas perturbaciones y trastorno en la marcha de la vida de nuestro país. ¡Viva España! ¡Viva Filipinas! Emilio Aguinaldo.*